Año II.—Núm. 174. Precio: 5 cénts. Miércoles 22 de Abril de 1891.

EL HERALDO DE MADRID

DIARIO INDEPENDIENTE

Teléfono 531

SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado).

Madrid: 25 números diarios al mes, 25 pesetas.—Provincias: Trimestre, 6 pesetas.—Antillas españolas y naciones convenidas, 10 pesetas.—Portugal: Trimestre, 8 pesetas.—En los demás países: Trimestre, 15 pesetas.
La correspondencia al Director.—No se devuelven originales.

ADMINISTRADOR
DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

Convencional, según la plana y número de inserciones. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la
Administración: San Bernardo, 11

2.ª Edición.

Advertencia

Atendiendo á las indicaciones de muchos de nuestros favorecedores, restableceremos, desde 1.º de Mayo próximo, las suscripciones á EL HERALDO DE MADRID en esta capital.

El precio de la suscripción por un mes en Madrid será una peseta cincuenta céntimos, y este ligero aumento le dedicaremos á mejorar en todo lo posible el servicio de repartidores.

Además, los suscriptores recibirán, gratis, los números extraordinarios é ilustrados de EL HERALDO DE MADRID, que comenzaremos á publicar desde el próximo mes.

Nuestro servicio telegráfico recibirá nuevo impulso, tanto en la sección de España como en la del extranjero.

Preparamos trabajos nuevos, que estamos seguros serán del agrado de nuestros lectores, y contamos para ellos con la colaboración de personas que se han distinguido en el cultivo de las letras, de las artes y de las ciencias.

El comercio y la industria de Madrid tendrán siempre en nuestras columnas extenso sitio para la defensa de sus intereses.

Entre los trabajos nuevos que podemos anunciar, figurarán la historia y fisonomía especial de los círculos de Madrid. El *Veloz Club* le escribirá D. Salvador López Guijarro; el *Círculo Militar*, D. Federico Madariaga; la *Gran Peña*, don Juan Felipe Lara; el *Círculo Literario*, D. Jacinto Octavio Picón; el *Ateneo*, D. Julio Burell; el *Casino de Madrid*, D. José Gutiérrez Abascal.

Abriremos también una sección especial dedicada exclusivamente á las señoras, y en la que, bajo los títulos de *La higiene*, *La casa* y *El traje*, trataremos de todos aquellos asuntos que puedan interesar á nuestras lectoras y serles útiles para desempeñar su misión dentro del hogar.

Tenemos en proyecto otras muchas reformas que iremos desenvolviendo, Dios mediante, si, como hasta el presente, continúa el público dispensándonos sus favores.

Desde hoy se admiten en nuestras oficinas suscripciones para Madrid, al precio de una peseta cincuenta céntimos al mes.

La cuestión social

EL LIBRO DE DON FERNANDO ANTÓN

No ha muchos días nos enterábamos por los periódicos de que un periodista sevillano, ante varios de sus colegas madrileños, había dado lectura á un folleto sobre la cuestión social. Del folleto así anunciado era autor el padre del periodista. Francamente, la forma en que la prensa dió la noticia, el banquete, la lectura, el medio de publicidad empleado, más en consonancia con las obras faltas de todo mérito, que con los trabajos superiores, nos dejaron indiferentes y fríos... Hojeando, empero, el libro del Sr. D. Fernando Antón, hemos tenido que lamentarnos de nuestra frialdad y de nuestra indiferencia. El señor Antón es un escritor de raza, de un vuelo extraordinario; su estilo, su calor, su gallardía, su elocuencia, la maestría de sus síntesis luminosas, hacen recordar á Quinet, á Donoso, á Moreno Nieto, á los escritores y oradores que han sacado del ideal el fuego divino de sus lenguas. Además, D. Fernando Antón, para escribir su libro, está como quería Fernando Lasalle que estuvieran los tratadistas y los apóstoles de la reforma social, está pertrechado de toda la ciencia nueva.

No conocemos al Sr. Antón; pero su libro *La cuestión social* merece ser espigado; por sus hermosas páginas campea un aura fresca de caridad y concordia cristianas:

«... Hay algo que subleva la conciencia contra los egoismos de aquellos que nivelan al obrero con la máquina que explotan; algo que sube á la cátedra para inspirar un ideal á la ciencia, y se eleva hasta el púlpito para hacer vibrar en los tiernos corazones el sentimiento de la caridad cristiana; algo que provoca en unos las tristezas y los desplayos, en otros el despecho, y en algunos las utopías que deslumbran unos breves instantes para disiparse en la nada; algo que empuja á las masas populares á los *meetings* donde se oyen los rugidos de la cólera y la expresión elocuente de sus propios dolores: ese algo melancólico y siniestro que hiere á la vez al corazón y á la mente, que provoca acentos de ira y arranca lágrimas de dolor, es el cuadro que presenta la sociedad contemporánea, lleno de luz y de bellezas; pero en cuyo fondo, entre sibaritas sin fe y sin amor, y millonarios nómadas que derrochan enormes fortunas sin consignar ni una sola partida en su presupuesto de gastos para socorrer á los pobres, y de agiotistas que tienen por religión el egoismo, y por Dios al oro, se agitan los proletarios míseros, héroes del trabajo humano, víctimas de un régimen económico que, atento únicamente á la producción de las riquezas, no tiene en cuenta al principal factor que las produce, pues que se mira al trabajo como una especie de mercancía, cuyo precio se regula por la relación entre la oferta y el pedido, sin considerar los beneficios del capitalista, ni las necesidades del proletario, y cuya injusticia no puede corregir la Economía política ortodoxa que se ha encerrado en el dilema de Mac Culloch, cuya síntesis es: ó aumentar el capital ó reducir la población, y que ha levantado ante la cuestión social sus columnas de Hércules en las iniciativas individuales y la libre concurrencia, y en cuya injusticia se apoya el socialismo contemporáneo para agitar todas las bajas pasiones, ¡heces del corazón humano, que en las grandes conmociones populares salen á la superficie para ser arrojadas á la cara del siglo como el testimonio de sus errores y de sus crímenes!

.....

»¿Qué es la expropiación forzosa á título de utilidad pública? ¿Qué es el derecho económico del Estado, armado del poder ejecutivo para llegar hasta la confiscación de los bienes? ¿Qué son los impuestos, con toda su cohorte de trabas y castigos? ¿Qué es todo eso más que la restricción del principio de propiedad, ó á lo menos de la posesión absoluta, y la limitación de la libertad individual?

.....

»Los cegados por el concepto del Estado, según la fórmula de Kant, no comprenden que no se trata de convertir al Estado en una omnipotencia; que no se trata de atrofiar las libertades individuales; que no se trata de reducir los organismos sociales á que vivan dentro de una órbita estrecha, apoplética, trazada por un César, donde espiren todas las iniciativas y sufran todos los intereses. Una justa limitación no es la derogación de sus derechos, es regularlos por medio de la Ley, sustentada por elementos éticos.

»¿No es el trabajo una función social? ¿Por qué esos mismos pensadores, como Mons. Freppel, que niegan el derecho de intervención de los Poderes públicos en esa función social, no se oponen á que intervengan y auxilien á las Compañías de ferrocarriles, de navegación, y hasta á las Empresas de espectáculos públicos? ¿Condenarán por injustas la Ley inglesa de 6 de Junio de 1844 y el Acta de 27 de Mayo de 1878?

»¡No es lícito intervenir en esa función social, y, sin embargo, lo es limitar la libertad del pródigo y del testador! ¿Cabe mayor contradicción?

»Decidme: si unos cuantos capitalistas sórdidos y opulentos crearan un Sindicato manufacturero, ¿no podrían imponer la ley á los trabajadores y reducirlos á la condición de esclavos por la miseria y hasta por el hambre? ¿Está tan lejos la época en que las necesidades de los trabajadores irlandeses se graduaban en unos cuantos andrajos, algunas patatas y un poco de sal? Y, por otra parte, ¿no podrían las exigencias de los proletarios ser tales, que crearan un conflicto económico y que llegaran hasta producir un crisis alimenticia? ¿Qué haría la sociedad? ¿Qué haría el Estado? ¿Cruzarse de brazos y ver indiferentes la iniquidad mantenida por el derecho público? Cien generaciones contestarían conmigo: ¡Nunca!

»... No iré tan lejos como el Cardenal Manning, quien pide que se fije y establezca públicamente una medida justa que regule los beneficios y los salarios, y á la cual se han de ajustar todos los contratos entre el capital y el trabajo; pero sí pido que la ley establezca que se nombren comisiones mixtas de patronos y obreros para que fijen, de común acuerdo y bajo la tutela del Gobierno, las tarifas semestrales de los salarios; para que resuelvan, con independencia de los Tribunales de justicia, las indemnizaciones á los trabajadores ó á sus familias, víctimas de casos fortuitos, explosión de calderas, caídas, etc., y para que establezcan las horas de trabajo para los adultos, las mujeres y los niños; debiendo tener presente que para señalar el máximum de horas no han de atenerse á las exigencias de los obreros, por más que se traten de imponer por medio de un movimiento universal de las masas, sino á las prescripciones de la moral y de la higiene y la fisiología.

»Una cosa es impedir que se obligue á trabajar catorce, quince ó dieciséis horas al día, y que los pobres niños sucumban, y que las mujeres se extenuen, y que los adultos agoten sus energías y perezcan al fin en una vejez prematura, y otra cosa es pretender realizar esa división tripartita del tiempo; como ha dicho un ilustre escritor, *los tres ochos* ideados por los obreros del Norte de América: ocho horas para el trabajo, ocho horas para el descanso, ocho horas para la distracción y las ocupaciones individuales. Si los obreros se empeñan en un imposible; si *la fiesta del trabajo* se convierte en huelga universal, y con las coacciones y las violencias logran parar de un solo golpe la producción; si por esos medios trata de sobreponerse el proletariado á los capitalistas; si no atiende á la acción del Estado que con miras paternales se proponga establecer la concordia y la harmonía, inspirándose en los principios de justicia y en el sentimiento de la caridad cristiana, entonces la sociedad pedirá al Estado que defienda sus derechos lesionados, y el Estado no debe vacilar: debe defenderlos, sin dejar de proseguir, después del combate, su augusta misión de paz y de concordia.

»Ingerir la fraternidad en la ley, dice la economía política, según Baudrillardt, es empresa ocasionada á peligros; es una pendiente resbaladiza en que, una vez deslizado, es muy difícil, si no imposible, detenerse.» Es cierto; pero ¿acaso no es mayor peligro el dejar el problema social á que sea resuelto á cañonazos?»

***

El Sr. Antón estudia el problema en toda su extensión y propone la transformación del impuesto de Consumos en impuesto suntuario; expropiación en beneficio del Estado de los terrenos sin cultivo; fundación por el Estado de Sociedades cooperativas, cajas de retiro, contribución sobre la vagancia, limitación de la libertad de testar... En una palabra, el Sr. Antón tiene soluciones bastante harmónicas para muchos puntos de la gran cuestión de nuestro siglo, y su libro deben leerlo lo mismo los obreros que los capitalistas y gobernantes.

LA MUERTE DE VALDESPINA,

Y EL PARTIDO CARLISTA

Una conferencia con el Marqués de Cerralbo.—La muerte implacable.—El Marqués de Monroy y su herencia.—Diez millones para limosnas.—Los carlistas en Extremadura.—El Marqués de Valdespina.—Su enfermedad.—Rasgos de su vida.—Su prestigio.—La cuestión social.—El descanso en los domingos.—La enmienda del Sr. Barrio y Mier.—Otros asuntos.—Un cumplido caballero.

La muerte del veterano General carlista señor Marqués de Valdespina, que nos ha comunicado el telégrafo, constituye un suceso que ha de conmover profundamente al partido tradicionalista. Y tanto por esto, como por obtener algunos detalles acerca de los últimos momentos del bravo militar que tanto daño causó á las armas liberales, nos dirigimos esta mañana á casa del señor Marqués de Cerralbo.

El representante en España del pretendiente D. Carlos de Borbón ocupa ya, con su distinguida familia, la planta baja del magnífico palacio que se ha hecho construir en la calle de Ventura Rodríguez, esquina á la de Ferraz.

En el piso principal trabajan todavía, con gran actividad, los obreros, para terminar el salón de baile, que será magnífico y llevará pinturas de Juderías; el despacho y la biblioteca del Marqués; el salón de recibir de la Marquesa; el comedor de gala, la *serre* y la galería, en que se colocará la magnífica colección de cuadros que el Marqués posee.

El Marqués, que es muy madrugador, estaba ya con sus obreros á las ocho de la mañana, y le sorprendimos en sus tareas de director de obras.

Hoy se había levantado más temprano que de ordinario, porque había pasado muy mala noche: la noticia de la muerte de Valdespina le había afectado mucho, y si cuando la recibió hubiera sido hora de salida de tren, hubiera partido inmediatamente para Ermua.

—¿Se irá usted hoy?—le preguntamos.

—Estoy esperando noticias y, si llego á tiempo al entierro, saldré hoy mismo, porque, aunque supongo que ya estará en Ermua el General Cavero, que por vivir en Zaragoza habrá recibido la triste nueva antes que yo, y que como á General le corresponde presidir el duelo de su compañero de armas, quisiera rendir en persona los últimos homenajes al único Capitán general que tenía el partido carlista, al que ha hecho tantos sacrificios y ha demostrado tanto denuedo por la causa.

—La muerte está siendo cruel con ustedes hace una temporada.

—Es tristísimo lo que nos sucede; cuando volvía del entierro del General Ceballos recibía el telegrama que me llamaba á la cabecera del moribundo Marqués de Monroy, y ahora que necesitaba todo mi tiempo para cumplir la misión que me dejó en el testamento aquel ilustre y venerable amigo, viene esta nueva desgracia á renovar heridas como la que nos causó la pérdida del bravo Castell, ocurrida en Niza.

—Los viejos troncos son los más expuestos á perder sus viejas ramas.

—Es verdad—dijo tristemente el Marqués;—pero por eso hay que redoblar los esfuerzos, á fin de hacer menos sensibles esas pérdidas.

—Ya veo que trabajan ustedes mucho en Extremadura.

—Y todo es poco para hacer más llevadera la gran desgracia que hemos tenido con la muerte de Monroy.

—¿Era muy anciano?

—Setenta y seis años; pero se conservaba muy bien, y su muerte nos ha sorprendido mucho.

—Ha debido dejar una gran fortuna.

—Muchos millones. Ya ve usted, yo, como testamentario, tengo que cumplir el encargo de repartir, sólo en limosnas, diez millones de reales.

—Pues estará usted agobiado por solicitudes.

—Es que estas limosnas se han de repartir sólo en Extremadura, y de Extremadura, en los pueblos donde el difunto tenía propiedades.

—¿No ha dejado herederos?

—No tenía parientes más que en sexto grado, y vivía solo. Era un gran carácter, tipo perfecto y acabado de la raza de que salieron los atrevidos navegantes y los intrépidos conquistadores; y á la sombra de su noble y venerable casa se extendía y se arraigaba el partido tradicionalista en Extremadura, permitiéndonos luchar en las elecciones, establecer juntas y fundar periódicos.

—¿Y todo eso desaparecerá?

—Espero en Dios que no—dijo vivamente el Marqués;—la pérdida de Monroy ha sido grande; pero si hemos perdido al hombre, no perderemos su obra, y Extremadura, la patria de Cortés y de Pizarro, ofrecerá siempre un núcleo importante al partido tradicionalista.

Volviendo al asunto del día, recayó la conversación en la muerte del Marqués de Valdespina.

—¡Pobre y venerable amigo!—dijo el de Cerralbo muy conmovido;—todos los días me escribía y hace seis que recibí su última carta; palpitaba en ella, como en todas, su fe, su entusiasmo, su energía. No se acordaba nunca de que era viejo; me acompañó en mi último viaje por Cataluña y Valencia, y en este último punto cogió un enfriamiento que le afectó el pulmón izquierdo. Le aconsejé cariñosamente que se cuidara, y me contestaba con la indiferencia que por la vida sienten todos los que la han expuesto muchas veces en los campos de batalla:—Esto no será nada, yo he de morir peleando.

El Marqués de Cerralbo estaba muy conmovido y los recuerdos de la vida de su bravo amigo le llegaban á la memoria.

Recordó la famosa carga de Lacar; Valdespina había asistido al Consejo de Generales que decidió aquel ataque; pero no tenía obligación de asistir á él, porque no estaban allí las fuerzas que él mandaba. Montó, sin embargo, á caballo, salió al campo, y cuando se presentó el General Cavero con los castellanos, se incorporó á ellos é hizo prodigios de valor y de temeridad. Un soldado le atravesó el brazo y le hirió en el pecho con la bayoneta, y él se defendió con el sable corvo de Montemolín, que es el que llevaba siempre á la guerra.

Valdespina fué el que mandó el cerco contra Bilbao. Nosotros escuchábamos con respetuoso silencio el sencillo relato del Marqués de Cerralbo, lamentando en el fondo de nuestra alma que tanto heroismo se hubiera empleado en una guerra de hermanos contra hermanos.

—¡Qué triste es la guerra civil!—dijimos.

—¡Oh; tristísima!—exclamó el Marqués.—No puede calcularse lo que las dos guerras civiles en que tomó parte le han costado al Marqués de Valdespina. Yo he visto convertido en ruinas el magnífico palacio de sus antepasados en Arrigarraga, quemado y destrazado por las tropas; sus bienes fueron secuestrados; muchas veces su vida estuvo en constante peligro.

—¿Deja hijos?

—Dos; el mayor casado con una hija del Conde de Faura, y el menor con una hermana del Senador carlista Conde de Villafranca.

—¿Y su fortuna?

—Era grande; pero daba mucho á los pobres, y estaba siempre dispuesto á socorrer las desgracias de sus paisanos. En Vizcaya le adoraban; su prestigio era tan grande en aquel país, que una orden suya hubiera encontrado en todas ocasiones millares de hombres dispuestos á seguirla.

***

Después de hablar algún tiempo más del Marqués de Valdespina, al que D. Carlos había regalado hace poco la faja de Capitán general que él ciñó en la última campaña, hablamos un poco de los asuntos del día.

—¿Va usted á hablar de la cuestión obrera en el Senado?—preguntamos al Marqués.

—Por ahora no, porque el señor Obispo de Salamanca va á tratar de la cuestión del descanso en los domingos, y en esto pensamos lo mismo que los Prelados y que todos los buenos católicos. En el Congreso tratará de la cuestión social el Sr. Barrio y Mier cuando se discuta el Mensaje, y él expondrá nuestras ideas, encaminadas, como es natural, á mejorar la condición del obrero.

—¿Cuentan ustedes con fuerza entre los obreros?

—Con más de la que parece. Unas elecciones legales en Manresa nos darían seguramente el triunfo.

—El resultado de las últimas elecciones no les ha sido á ustedes muy favorable.

—Si se atiende al resultado material, no; pero si se tiene en cuenta que sin preparación, sin estar organizados, después de veinte años de retraimiento, sin Ayuntamientos, sin Diputaciones provinciales, hemos tenido en España 123.000 votos, se puede comprender nuestra fuerza. El Gobierno nos ha perseguido con encarnizamiento; si no, hubiéramos podido traer al Congreso voces elocuentísimas, como la de Mella, como la de Fortuny, y hombres versadísimos en Administración, llenos de valor y de fe, como los que nos han ahogado inicuamente en Navarra, en Cataluña y en otras muchas partes.

—¿Y qué van ustedes á hacer en las próximas elecciones municipales?

—Luchar con todas nuestras fuerzas, y ya mejor preparados que para las elecciones de Diputados á Cortes; como lucharemos en algunas elecciones provinciales en los distritos que van quedando vacantes.

En esto entró un criado el correo del Marqués de Cerralbo: un gran montón de cartas y de periódicos; y comprendiendo que necesitaba mucho tiempo para enterarse de aquellos papeles, nos despedimos de él dándole las gracias por su amabilidad.

Se podrá ser adversario político del Marqués de Cerralbo; se podrá lamentar que su clara inteligencia, su actividad, su posición den fuerza á una causa que ha hecho derramar mucha sangre y muchas lágrimas; pero hay que reconocer que es el Marqués un cumplido caballero en el que se unen, á las distinciones de la antigua y noble raza, las culturas exquisitas del presente.

De todas partes

Le Temps ha publicado estos últimos días algunas noticias acerca de las casacas auténticas de Napoleón I, y de una de ellas que se encuentra en el antiguo Museo de los Soberanos, en el Louvre. Mr. German Bapst, que se ha ocupado ya de estos objetos, comunica al periódico parisién copia de las facturas encontradas por él en los archivos, y con ayuda de las cuales ha podido reconstituir su precio.

He aquí la factura referente al sombrero:

Poupard y Compañía.

Palacio del Tribunal, galería del lado de la calle de la Ley, núm. 22.

PARIS 19 Agosto 1808.

Servido para el uso personal de S. M. el Emperador y Rey:

Dos sombreros de castor á 60 francos..	120
24. Por repasar un sombrero y ponerle un forro picado de seda.	6
26. Por repasar íd. íd.....	6

De modo que el famoso sombrero costaba 60 francos, y cuando se estropeaba, Napoleón lo hacía componer.

He aquí ahora la factura de la casaca:

Lista de los objetos hechos por Le Jeune, sastre, calle de Richelieu, núm. 40.

Para S. M. el Emperador.

1815, Abril y Mayo.

2 levitas de cazador, con placa y charretera, francos.....	660
1 levita de granadero.....	350
2 casacas grises á 160 francos cada una.	320

Se sabe que Napoleón no llevaba, como uniforme, más que dos especies de levitas militares, dice Mr. German Bapst en la nota que comunica á *Le Temps:* la de los granaderos á pie de la Guardia, azul obscuro con vivos blancos, ó el de cazadores á caballo de la Guardia (guías), verde con vivos rojos. Las charreteras y la placa de gran Oficial de la Legión de Honor, de plata, estaban comprendidas en el precio de la casaca.

La levita gris tenía las mangas muy anchas, y, contra la costumbre de los oficiales de aquella época, Napoleón no se quitaba nunca las charreteras. Si ya no quedan levitas grises, en cambio hay en los grandes museos de las capitales de Europa gran número de sombreros de Napoleón. Uno de ellos ha sido vendido en más de 3.000 francos en la venta del Barón Gros.

La casa que habita la Reina Natalia de Servia en Belgrado está guardada por 15 individuos armados de palos y de revólvers, dispuestos á resistir cualquiera tentativa que se hiciese por el Gobierno para expulsarla por la fuerza.

La Regencia ha concedido á la Reina Natalia un plazo de cinco días para poner en orden sus asuntos y abandonar á Servia.

El viernes pasado se publicó en Inglaterra la estadística oficial relativa á las desgracias personales ocurridas en aquel país durante el año último á causa de accidentes en los ferrocarriles.

Teniendo en cuenta el número de pasajeros que durante dicho año transportaron los ferrocarriles, que se aproxima á nueve millones, es verdaderamente admirable que sólo 30 muertes, entre aquéllos y los empleados de las Compañías, hayan ocurrido á causa de choques y otros accidentes inevitables por parte de las Compañías.

En cambio y contra resultado tan excelente, tenemos más de mil muertes por accidentes de que las mismas víctimas fueron culpables y ocasionadas, salvo en unos cien casos, en empleados de las Compañías y de los contratistas.

Uno de los miembros más ancianos del cuerpo de Inválidos francés, se suicidó el otro día en el cuartel, saltándose la tapa de los sesos, á los ochenta y dos años de edad.

Al oir la detonación acudieron algunos de sus compañeros, encontrándolo ya muerto y con una pistola en la mano. Según un papel escrito que se encontró en su cartera, la causa que le había obligado á tomar determinación semejante era sus sufrimientos físicos; y temiendo que éstos fueran originados por un veneno, ordenaba que su cuerpo fuera sometido á un examen minucioso, que no se llevó á cabo por haberse obtenido informes de que el desdichado anciano padecía de enagenación mental.

La Emperatriz de Austria ha estado estos días en Atenas con su hija la Archiduquesa Valeria y el marido de ésta, el Archiduque Carlos Salvador. Ya han terminado su palacio en la isla de los Focenses, á donde irá en su buque *Miramar*, si no hace su proyectada expedición á Palestina.

Aunque, según su costumbre, ha guardado el incógnito, ha vivido en la mayor intimidad con los Reyes de Grecia y la Princesa Sofía.

La France abrió ha poco en sus columnas un plebiscito sobre lo que debía hacerse con el Tonkín, que tantos sacrificios ha costado ya á los franceses. Numerosos lectores de dicho diario han enviado su opinión, y *La France* ha publicado un suplemento en que se da cuenta de los resultados de esta información y se publican algunas de las principales respuestas.

De 10.000 votos emitidos, 2.700 solicitan la evacuación del Tonkín, y 7.300 piden la conservación de la colonia. De los primeros, 500 emiten su opinión sin fundamentarla, 1.000 alegan razones diversas y 1.200 se apoyan en que Francia debe reunir todas las fuerzas de que dispone. Entre los que desean que se conserve el Tonkín, 1.000 alegan el amor propio nacional comprometido en la empresa; 3.000 creen que debe hacerse un esfuerzo y acabar de una vez con la resistencia de los indígenas; 2.000 que debe ponerse á un General al frente de la colonia, y 1.000 que debe enviarse allí á Mr. Ferry. Por cierto que uno de ellos propone que se retiren las tropas y que el famoso exministro, á quien llaman, como es sabido, *le Tonkinois*, se encargue de terminar la conquista al frente de un ejército compuesto de los que le han elegido Senador y los que son partidarios de conservar el Tonkín.

El Ministro de Suecia

Hará unos cuatro meses, cuando comenzó en el mundo elegante la temporada de invierno, se vió en los salones que frecuentan la aristocracia y el cuerpo diplomático una figura nueva. Era un caballero de unos cuarenta y cuatro años de edad, de arrogante figura, fino aspecto y modales elegantes; el sedoso bigote rubio, descollando en medio de un semblante pálido y de expresión inteligente, revelaba su origen del Norte.

—¿Quién es?—preguntaron algunas damas detrás del abanico y después de fijar en el nuevo caballero su mirada.

—Mr. Arild Huitfeldt—contestaban los bien enterados,—el nuevo Ministro de Suecia.

Y el recién llegado diplomático fué acogido en la sociedad de Madrid con muchas simpatías.

Cuatro meses nada más han pasado desde que presentó á S. M. la Reina Regente sus credenciales, y la muerte le ha sorprendido horrible y traidoramente, cuando estaba en lo mejor de su vida.

Ayer por la mañana se levantó sano y bueno, y como de ordinario, se metió en el baño; allí le dió el ataque, y su ayuda de cámara le sacó en brazos y le condujo al lecho, donde espiró á las once y media de la mañana.

¡Morir, gozando de todos los encantos de la vida, lejos de su patria, lejos de los suyos! ¡Qué triste morir!

Cuando esta mañana penetramos en la elegante casa de la calle de Juan de Mena que habitaba el representante del Rey Oscar, nos sentimos profundamente conmovidos.

Todo indicaba que la muerte había entrado allí traidoramente, cuando no se la esperaba, como se la espera en casa del anciano agobiado por la edad, ó del enfermo abatido por los sufrimientos.

Mr. Arild Huitfeldt se estaba ocupando en su instalación, y muchos muebles, regalo de su madre y recuerdos de familia, están todavía empaquetados.

En su saloncito de recibir había colocado ya magníficos sillones de cuero con labores doradas y las armas de Suecia, y el retrato del caballeroso y arrogante Rey Oscar, el sucesor del valiente soldado que conquistó con su espada la corona, que ha podido transmitir á su hijo, conservándola sobre las ruinas de la grandeza en medio de las cuales tuvo vida.

El cadáver está todavía en la cama donde ha espirado, desnudo y cubierto con la sábana que le forma sudario.

La muerte no ha alterado las nobles y varoniles facciones; las ha dado sólo la majestad serena del reposo eterno.

Cerca de la cama, en el ángulo de un espejo, se ve la tarjeta de la Condesa de Casal Ribeiro, convidando al Ministro de Suecia para el baile que se debía celebrar esta noche en la Legación de Portugal. Sobre la chimenea sonríen, en medio de artísticos marcos, los retratos de algunas mujeres hermosas. ¿Son recuerdos, representaban esperanzas? ¡Qué tristeza daba contemplarlas al lado del cadáver!

Quizá alguna de aquellas imágenes es la de la mujer adorada que influyó en la vida del que ha muerto; quizá otra es la que espere allá lejos, muy lejos, en la poética Suecia, nuevas del amado, con las flores de la nueva primavera, regreso del ausente, con los honores de su nueva misión.

¡Cuántas sonrisas de hoy trocarán en lágrimas esta muerte!

***

Mr. Huitfeldt era soltero y vivía con un matrimonio de antiguos servidores que le cuidaban. Sus padres fallecieron hace tiempo, y su familia la constituían dos hermanos que viven en Cristianía.

El difunto Ministro de Suecia comenzó su carrera diplomática sirviendo, como agregado, en la Legación de su país en París. Después fué Secretario en Berlín y en San Petersburgo.

Ha desempeñado en Suecia los cargos de Director del Ministerio de Relaciones exteriores y el de Secretario del mismo.

Estuvo en Madrid el año 1887, como Encargado de Negocios, durante la ausencia del Ministro.

Ha desempeñado otros muchos cargos importantes, y tenía multitud de condecoraciones, entre ellas, la Saint Olof y la Estrella Polar.

El cadáver será embalsamado esta tarde y se esperarán las órdenes del Gobierno sueco para su traslación á Cristianía.

Mr. Arild Huitfeldt gozaba al parecer buena salud, sintiendo sólo las molestias de una afección á la vista que le curaba el doctor Osío.

Hacía en Madrid una vida metódica y arreglada; almorzaba en casa y comía fuera. A las nueve, por regla general, se retiraba y recibía á algunos compatriotas, con los que pasaba la velada conversando ó jugando á las cartas hasta las doce.

Los Ministros, todos los individuos del Cuerpo diplomático y multitud de personas de la alta sociedad, han ido á suscribirse en las listas abierta en la Legación, donde recibe el Secretario del consulado.

El baile en la Legación de Portugal se ha suspendido, y es general el sentimiento que ha causado esta inesperada muerte.

Eso no es amnistía

El proyecto de amnistía, presentado por el Gobierno, ha dejado á la opinión fría.

Jamás un acto de clemencia ha revestido caracteres de mayor pobreza.

Podrán volver á la patria los desterrados civiles. ¿Acaso no tenían antes este derecho? ¿Acaso los últimos indultos del partido liberal han dejado de abrir las fronteras, lo mismo á los sublevados civiles que á los insurrectos militares?

Con acta y sin acta de Diputado podía volver el Sr. Ruiz Zorrilla.

© Biblioteca Nacional de España